

ANTE EL CAMBIO CLIMÁTICO, MEJOR ACCIÓN QUE REACCIÓN

Fernando Valladares

Tan acostumbrados estamos a reaccionar cuando nos pisan, cuando nos bajan el salario o cuando se nos cuelan en la cola, que damos por hecho que lo único que cabe hacer ante el cambio climático es reaccionar. Por fortuna hay cada vez más gente que no lo ve así. Cada vez más gente que, aburrida de esperar a unos políticos que nunca están para lo importante, emprenden acciones y le echan mucho más que entusiasmo. Le echan lo mejor de ellos mismos, salpimentado con grandes dosis de creatividad. Personas que no esperan, ni reaccionan, sino que hacen y crean y proponen y motivan. Las acciones alternativas para un presente sin futuro se generan en cascadas de diversidad de pensamiento y emoción, convirtiendo lo malo en bueno, lo negativo en estímulo y los escenarios climáticos más distópicos en oportunidades para repensarnos. Y al hacerlo abren nuevos futuros que la ciencia no vio venir, que nadie podía anticipar. Esperanza en el estado más puro imaginable, una esperanza a medida del usuario, sin pretensiones de globalidad ni de éxito rotundo. Algo que sienta bien y que provoca deseos de pensar y actuar, porque se ve próximo y auténtico. Algo que dispara las confianzas y que desconcierta a los que creían que la gente es previsible y manipulable sin más que apretar un poco en esos puntos vulnerables de la economía y la seguridad. Reaccionando se llega siempre tarde. La reacción requiere de algo que debe ocurrir antes. Las acciones climáticas que vimos el 12 de noviembre de 2021 en la Casa Encendida de Madrid son tan genuinas como diversas, tan necesarias como enriquecedoras. Nadie podía imaginar que ocurrirían, pero por suerte ocurrieron. Todos imaginamos que la COP26 serviría para muy poco, y aunque soñábamos con que no fuera así, nuestra imaginación acertó.

No puede haber contraste mayor. En la Casa Encendida el diálogo, la confianza y la honestidad dieron lugar a lo inesperado. La gente habló. En la COP26, las presiones inconfesables de corporaciones y políticos, dieron lugar a un espectáculo no solo desolador sino profundamente previsible. La gente no fue escuchada. La COP26 implicó inmenso recursos económicos y humanos para una conferencia internacional que se quedó muy lejos de avanzar en acuerdos valientes y necesarios para reducir el calentamiento global y para adaptarnos a esa parte del calentamiento que ya está aquí. En la Casa Encendida brillaron las ideas con luz propia. Ninguna resolverá el desafío climático por ella misma, pero resulta evidente que construyen una base sólida y positiva para el cambio de modelo de sociedad. La solidez la confiere el abordar el origen último del cambio climático, nuestro modelo

social, eso que precisamente nadie se atreve a abordar en una COP. Mientras en la COP no se acuerda casi nada, en Nueva Delhi tienen que cerrar los colegios por los picos de contaminación atmosférica. Precisamente uno de los países que más medidas necesita para reducir emisiones y limpiar sus cielos, sigue apostando por quemar carbón. Hablando de apostar: apostado a que si en Nueva Delhi hubiera una Casa Encendida y se escuchara a la gente, pronto se volverían a ver las montañas nevadas del Himalaya. Como en las semanas de confinamiento por la COVID19, ¿os acordáis?

Para que se escuche a la gente hay que lograr unir muchas voces, pero también pulsar emociones clave para disparar acciones en todos aquellos que no pueden o no quieren enterarse de la crisis climática. Emociones transversales para las que no importe si uno es joven o viejo, de izquierdas o de derechas, rico o pobre, católico o ateo. Muchas de esas emociones transversales se disparan cuando uno escucha un proyecto honesto para cartografiar el activismo de nuestro país y multiplicar alianzas, o nos hablan de ver el árbol en una semilla, de construir futuro abrazando un presente lleno de distopías ecológicas y sociales que podemos transformar en “ecotopías”. En la Casa Encendida nos despertamos del sueño hipnótico de un futuro apocalíptico, un futuro tan terrible que nos hace contentarnos con un presente insuficiente. Muchas de esas emociones se disparan cuando un entiende el mensaje de los que defienden la cultura como el pegamento para la acción climática. Con ese pegamento y con esas emociones, las tecnologías cobran sentido ya que, en lugar de tirar de nosotros, como ha hecho durante buena parte de la historia humana, nos acompañan en las transiciones por las que estamos pasando y por las que tendremos que pasar y nos ayudan a no naufragar. Muchas de esas emociones se pulsán con la eficaz delicadeza de la desobediencia civil no violenta, una forma de empujar la sensatez que logra cambios sociales e históricos profundos ante los que no hay marcha atrás. Se pulsán con compromisos radicales basados en colaboraciones radicales, nada más dulce que acciones radicales en espacios de colaboración. Muchas de esas emociones se remueven cuando se habla de reventar la burbuja verde, cuando pensamos maneras de salirnos “del algoritmo” de esa forma tan pertinaz de favorecer que hablemos solo entre los afines, dejándonos muchas burbujas sin ver ni entender y limitando nuestra acción a un reducido grupo de gente muy similar.

Las acciones genuinas se tejen entre actores improbables donde las empresas pueden encontrar un nuevo hueco

escuchando a la gente y haciendo que escuchemos sus nuevos objetivos. Donde los jóvenes rompen moldes, pero construyen los nuevos sobre el conocimiento acumulado y los mensajes de la historia. Donde las ciudades y los comedores se reinventan para hacerse humanos y saludables. Acciones grandiosas en su simplicidad, tan grandiosas y tan simples que son incuestionables e imparables. Eso es esperanza en estado puro. Esa es la mejor medicina contra el desánimo o la ansiedad. Y por supuesto, es también la mejor medicina contra el calentamiento global.

